

LUIS ANTONIO DE VILLENA

AÑORANZA Y NECESIDAD  
DE LA TERCERA ESPAÑA

BREVIARIOS

ATHENAICA

ATHENAICA EDICIONES  
*breviarios*

Primera edición: enero, 2021

© Luis Antonio de Villena, 2021

© Milhojas Servicios Editoriales, S. Coop. And., 2021  
c/ González Cuadrado, 46, 1A 41003 Sevilla (España)

[www.athenaica.com](http://www.athenaica.com)

[athenaica@athenaica.com](mailto:athenaica@athenaica.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada, salvo excepción prevista en la ley, con la autorización de sus titulares. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

ISBN: 978-84-18239-25-0

## ÍNDICE

Tercera España . . . . .	11
Breve geografía humana de las dos Españas . . . . .	17
Diagrama de una más completa Tercera España . . . . .	81
Nota final . . . . .	99



«España es un país viejo e ilustre, que se ha encimado y ha caído muchas veces. Los que lo queremos —pese a los fulgores grandes y las no pocas sombras— sabemos que ahora necesita rehacerse, que después de esta desoladora tragedia, tiene que reconstruirse y rebrotar de nuevo. No veo más solución. Si está bien hecha, evidentemente.»

ANÍBAL TURENA



## TERCERA ESPAÑA

Hay quien gusta decir en estos últimos tiempos (leí un artículo de Javier Cercas en un periódico nacional a fines de 2019) que la llamada Tercera España es simplemente un constructo falso, que no existe... Y en verdad tienen y no tienen razón, los que así dicen. De facto nunca ha gobernado esa Tercera España —siendo claro que han existido y existen las otras dos—, pero esa casi inexistente Tercera España, ello sí, vive en el corazón de muchos españoles. Me atrevería a decir más, somos número cada vez creciente quienes la sentimos. Acaso porque la necesitamos, palpítamos en su necesidad. El famoso *Duelo a garrotazos* de Goya, símbolo icónico y terrible de las dos Españas enfrentadas varias veces, tan acremente y la última espantosa, no refleja la entera verdad, siéndolo. Algunos aspiramos a enterrar los garrotos y las intransigencias (católica, religiosa o comunista intolerante a menudo) para siempre. Que queden sólo en la Historia. Se ha dicho: ¿quién puede ser la Tercera España, por ejemplo? ¿Juan Ramón Jiménez? Es obvio que la formulación de Tercera España, aunque sentida antes, sólo podía o pudo existir hacia el final de la Guerra Civil del 36, precisamente por su espanto y por lo irreconciliable y duro de los dos bloques. Aseguran que el término (no es seguro) pudo venir

de Salvador de Madariaga o de Niceto Alcalá-Zamora, el primer presidente de la Segunda República. Madariaga, que había sido republicano histórico —ministro de Justicia, unos días de abril de 1934— pero desengañado de los rumbos entonces de esa Segunda República, terminó a la postre declarándose anticomunista, europeísta siempre, y asumió para España, como mejores, ideas monárquicas democráticas. Niceto Alcalá-Zamora, aunque fue ministro con la Monarquía de Alfonso XIII (de Fomento y de la Guerra) resultó el más duradero presidente de la Segunda República. Juró su cargo el 11 de diciembre de 1931. Y a él, personalmente, se lo tuvo por un presidente moderado, aunque abierto a los cambios que la República demandaba en el país. Parece que Alcalá-Zamora siempre creyó en conspiraciones diversas contra el orden republicano democrático, y llegó también —murió en Buenos Aires en 1949— a un evidente desengaño, por la extrema crueldad de la Guerra Civil y por el signo extremista y marxista de la República final, nominalmente —dicen que poco más que nominalmente— presidida por su sucesor Manuel Azaña. Cualquiera de los dos nombres primero mencionados pudo haber suscrito la idea de Tercera España, que seguro muchos más habrían también sentido o pensado. Sí fue de Madariaga (tras la guerra, claro) esa frase, no poco repetida, que dice: «La República que no pudo ser».



Resulta obvio que la inexistente pero real Tercera España viene, del modo más directo —puede haber otros— del desengaño creciente de las otras dos. Recuerdo una conversación con Rosa Chacel, buena amiga, que se exiló en 1937. Era fiel a la República, al inicio, después no le gustó el sendero de lo que podía haber sido un triunfo sovietizante. Con todo no volvió a España sino en 1972 y si no recuerdo mal, definitivamente, sólo un año más tarde. Comentaba (habían sido muy amigos) que el caso de Luis Cernuda mucho se parecía al suyo. Cernuda dejó claras sus diferencias con el PCE, que censuró su elegía a la muerte de Lorca —las estrofas más explícitamente homosexuales—, y recordó, mucho más tarde, en el poema a Víctor Cortezo, en su «Desolación de la Quimera» (1962): «A diario, en el hotelucho / en que parabais, / oías a medianoche / el ascensor, subiendo / al piso donde algún sacripante del Partido / subía por nueva víctima...». El «Partido» (ya se sabe) era por antonomasia el Partido Comunista. Ni que decir tiene que ese Cernuda anti-comunista fue igual y duramente antifranquista («Ese país en el que regentea hoy la canalla»).

Es muy posible que Manuel Azaña (muerto en el exilio francés en 1940, y acosado por quienes querían prenderlo), último presidente, en real ejercicio, de la Segunda República, no pudiera ser la Tercera España, parece que obviamente no pudo. Pero la atisbó, como queda claro en su epistolario. Cuando un

correligionario, en noviembre de 1938, le escribe preguntándole si cree posible aún, en esas fechas ya trágicas, que los republicanos puedan ganar la guerra, Azaña le contesta que cree sinceramente que no podrán ganar —la ofensiva del Ebro ya perdida— pero que si, por un muy raro azar, la ganasen, ambos tendrían que tomar el primer barco que saliera de España. Porque —se sobrentiende— una República soviética no la deseaba ninguno. Ni esos bolcheviques los desearían, finalmente, a ellos.

Es obvio que esa hipotética, pero mentalmente real, Tercera España, nace básicamente de los desengaños (más que de los desafectos, pues raramente lo fueron) con la España republicana, a la que podemos llamar Segunda España, reformadora, si la Primera —en la Guerra Civil, el bando franquista— era la España tradicional, católica, monárquica, imperial (todo ello se exacerbó demasiado en la contienda), esa España de alguna manera muerta o muy herida a lo largo del siglo XIX y sobre todo con el «desastre» final de 1898, que contó con la definición y el mucho saber de un alto erudito reaccionario, Marcelino Menéndez y Pelayo, que fue quien llamaría a la España disidente, la reflejada en su gran obra *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), la «Anti-España». Menéndez Pelayo fue un genio del saber, pero soñó demasiado con el retorno o la nostalgia de una España imperial, a la vez que cimentó o validó en exceso

(aunque hubiera sido así) la unión entre Fe Católica Romana y Ser de España. Tal vez ese celo en la unión (más que visible en tiempo de los Austrias, el modelo máximo se fijó en Felipe II, acaso por su mucho poder) haya sido uno de los mayores errores a la larga de esa —digámosle— Primera España o España tradicional o tradicionalista por experiencia, aunque no todo sea malo, ni mucho menos. Ni se trate de una unidad, pues ambos lados son plurales. Nada existe sin el necesario matizar.

¿Qué hubiera sido de una España católica e imperial menos autoritaria, más libre, no más papista que el Papa, como tristemente, a mi saber, ha sucedido a menudo? Acaso sea ya una pregunta irrelevante, inútil, o acaso venga a ser una pregunta con algún futuro. Pues el Siglo Áureo fue muy cierto. España fue un país poderoso y temido.

Menos se dice, que si ciertamente la mayoría de los fácticos componentes de la Tercera España, salían del lado republicano, también los hubo —menos— provenientes del lado rebelde, al fin franquista. Parece inevitable citar aquí a Dionisio Ridruejo, por los cargos notables que desempeñó en el Régimen, y por su abandono total del mismo. Pero (y por mantenernos dentro de los escritores) hubo muchos, probablemente de derechas o apolíticos, que sólo con retorcimiento inútil podrían llamarse «franquistas», sobre todo a partir de la década de los 50. Gente como el comediógrafo Miguel

Mihura, José López Rubio o escritores de una línea optimista, feliz, satírica, festiva... ¿no podrían considerarse un lado conservador de la Tercera España? Hablo de Jardiel Poncela (durante la República algunas de sus novelas se consideraban verdes) o de Edgar Neville, entre otros. Este margen acaso aporte menos, pero existe. Julián Marías, uno de los que pensó, de algún modo, esa Tercera España, ¿no era él mismo, desde su razonar católico o cristiano, parte de ella? Dedicó un buen libro al famoso problema de España, *España inteligible*, en 1985. ¿Fue un hombre en buena medida conservador? Sin duda. Pero fue realmente amante de la libertad y sin duda, seriamente inteligente y nada dogmático. En su juventud había sido seguidor y algo amigo del socialista Julián Besteiro. Yo sí creo que hay, puede haber y debe haber una Tercera España, porque si no a la postre (le ocurrió al gran Imperio Romano) a lo mejor —o a lo peor— somos sólo ruinas, un montón de ruinas barrocas e ilustres y hondas bibliotecas de palabras pasadas... Lo que resulta evidente es que la Tercera España no es sino el fruto, la derivación, la negación o la fusión moderada o moderna, de las otras más conocidas «dos Españas» (las demasiado famosas «dos Españas»), por eso es inevitable repasarlas y ver sus planteamientos al enfrentarse o inquirir sobre el «ser de España», aunque sea de modo somero, pues la bibliografía —dicho sea de paso— es mucho más que abundante.

## BREVE GEOGRAFÍA HUMANA DE LAS DOS ESPAÑAS

El sentimiento y los atisbos de las «dos Españas» han de ser muy antiguos, mucho. Pero es obvio que se van incrementando con el avanzar del tiempo histórico. Cuando los Reyes Católicos cimentan un nuevo y potente Estado —guardando los fueros de las distintas coronas— sobre la defensa y el pedestal de la Santa Iglesia Católica Romana, ya pudo haber disidentes: islámicos, judíos o erasmistas, seguro; pero temo que en aquel momento de indudable esplendor y tantas batallas ganadas, eso no importara en exceso. Luego vendrían los Vives, Valdés, Servet y los luteranos, gente que buscaba un pensamiento más libre; rey más, rey menos, todos hubieron de perseguir a esos «heterodoxos» (sigo el decir de don Marcelino) que fueron, sobre todo, heterodoxos del credo católico, de su rigor, y más aún de ese Concilio de Trento que dominaron la Iglesia —y la política— españolas. Fue quizá Menéndez Pelayo (si Felipe II ya lo hizo en su gobernación) quien edificó en el catolicismo riguroso la ideología de España, lo que los alemanes denominan el *Volksggeist*. El espíritu del pueblo español era el catolicismo. Parece que no tuvieron duda. Es uno de los más pertinaces y peores errores de nuestra Historia, que en el caso de Menéndez Pelayo (buen

escritor y hombre de una inmensa cultura, su biblioteca puede visitarse en su casa de Santander) quedó emblematizado en los dos tomos ya citados de *Historia de los heterodoxos españoles*, donde curiosamente si a todos condena —me acuerdo en este instante del abate Marchena— no deja de sentir una clara admiración por bastantes de sus condenados. Como a veces Dante en su *Inferno*. Hay que dejar claro que don Marcelino, sabio y artífice (incluso no mal poeta para algunos), fue además ultramontano en su adhesión a la fe católica, y aun con un catolicismo combativo, lo que hizo daño a muchos o se limitó a constatar ese ya ocurrido daño por fe tan dura, intentando que quedara como un perdurable valor en la muy decaída España de su tiempo. Se dice que en sus últimos años —en los que no dejó de abusar del coñac, recuerda Azorín— se había hecho algo más tolerante y abierto, sin abandonar su fe radical. Se hizo amigo de Galdós (lo que antes hubiera sido impensable) y aun avaló al novelista liberal para que entrara en la Real Academia Española. Aunque murió con 56 años, parecía un hombre ya viejo (1856-1912), pero ciertamente su labor —lastrada siempre por su catolicismo a machamartillo— fue ciclópea. No es de extrañar que, tras la Guerra Civil, el bando franquista, que contaba con notables intelectuales de derechas, como Pedro Sainz Rodríguez —discípulo de don Marcelino a través de Adolfo Bonilla— o Antonio Tovar entre otros (Tovar